



El silencio interno

Carlos Castaneda

Cronológicamente este es el décimo libro de Carlos Castaneda. Este libro es también conocido como «El libro púrpura» y el mismo Castaneda —citando a su maestro y guía Don Juan— dice que el silencio interno es la puerta al Infinito. Que cuando uno puentea la mente concreta, esa voz parlo-teante y obsesiva que se dedica a conjeturar, suponer, juzgar, y temer, entonces uno alcanza un estado de fluidez y vibración que le permite conectar directamente con el mundo energético.

Don Juan definía el silencio interno como un estado natural de la percepción humana en el que los pensamientos se bloquean, y en el que todas las facultades del hombre funcionan desde un nivel de conciencia que no requiere el funcionamiento de nuestro sistema cognoscitivo cotidiano. Don Juan asociaba al silencio interno con la oscuridad, debido a que la percepción humana cae en algo que se asemeja a un hoyo negro, cuando se la despoja de su compañero habitual, el diálogo interno, que es una versión silenciosa del proceso cognoscitivo.

El cuerpo funciona como siempre, pero la conciencia se agudiza. Se toman decisiones instantáneamente, y éstas parecen surgir de un tipo de conocimiento especial en el que los pensamientos no se verbalizan. Este silencio interno también lo podemos ver como una práctica diaria de hacer una pausa, para sentarse o recostarse para escuchar al propio vidente interno. Esto es ayudado escribiendo el contenido de las propias inspiraciones, así como el propio diálogo interno o monólogo. Practicando estas herramientas, el navegante es guiado por la premisa: El amor es la más alta forma de inteligencia. El amor a uno mismo, amor a los demás, el amor a la extraordinaria calidad de este mundo. El amor a este momento mismo.

INTRODUCCIÓN

El conocimiento silencioso fue una faceta entera en la vida y actividades de los chamanes o brujos que vivieron en México en tiempos antiguos. De acuerdo con don Juan Matus, el maestro chamán que me introdujo al mundo cognoscitivo de los chamanes, el conocimiento silencioso era el resultado más codiciado por ellos, y lo buscaban a través de cada una de sus acciones y pensamientos.

Don Juan definió el conocimiento silencioso como un estado de la conciencia humana en el que todo lo que es pertinente al hombre es instantáneamente revelado, no a la mente o al intelecto, sino al ser total. Explicó que existe una banda de energía en el universo que los chamanes llaman la banda del hombre, y que dicha banda está presente en los seres humanos. Me aseguró que para los chamanes videntes, quienes ven directamente cómo fluye la energía en el universo, y que pueden ver al ser humano como un conglomerado de campos energéticos en forma de una esfera luminosa, la banda del hombre es un borde de luminosidad compacta que corta transversalmente la esfera luminosa en un ángulo de izquierda a derecha. La totalidad de la esfera luminosa es del tamaño de los brazos extendidos hacia los lados y hacia arriba y, en esa esfera luminosa, la banda del hombre mide quizá alrededor de treinta centímetros de ancho. El conocimiento silencioso, explicó don Juan, es la interacción de energía dentro de esa banda, una interacción que es instantáneamente obvia para el chamán que ha logrado alcanzar el silencio interno. Don Juan dijo que el hombre común y corriente tiene una noción vaga de

esta interacción energética. El hombre la intuye y trata de deducir su funcionamiento, de descubrir sus permutaciones. Por otro lado, un chamán recibe una descarga de la totalidad de esta interacción en cualquier momento en que la ejecución de esta interacción sea solicitada.

Don Juan me aseguró que el preludeo al conocimiento silencioso es un estado de la percepción humana que los chamanes llaman el silencio interno, un estado libre de pensamientos y verbalizaciones silenciosas, al que los chamanes llaman el diálogo interno.

No importa cuánto se esforzó don Juan por hacerme comprender sus definiciones y explicaciones sobre el conocimiento silencioso, éstas permanecieron siempre oscuras, misteriosas, inescrutables. En su esfuerzo por aclarar aún más este punto, don Juan me dio una serie de ejemplos concretos del conocimiento silencioso. El que más me gustó, debido a su alcance y a su pertinencia, es algo que él llamaba los lectores del infinito.

Los lectores del infinito es algo que suena como a una metáfora pero es, más bien, una descripción fenomenológica que don Juan usaba para describir una condición perceptiva chamánica. Me dijo que esta condición chamánica concordaba con las metas y las expectativas del hombre de hoy en día, y que el hombre del siglo veinte es un lector que lee textos con una predilección especial. Tales textos pueden tener el formato de un libro, un escrito de computadora, un manual, literatura, descripciones técnicas, etcétera.

En su búsqueda continua por encontrar soluciones y respuestas, a sus indagaciones, los chamanes del México antiguo descubrieron que cuando se alcanza el silencio interno, la conciencia del hombre puede dar fácilmente un salto a la percepción directa de la energía reflejada en cualquier horizonte dado. Ellos usaban el cielo como horizonte, así como las montañas o, en un espacio más reducido, las paredes de sus moradas. Eran capaces de ver energía reflejada en

esos horizontes como si estuvieran viendo una película. Describieron concisamente este fenómeno, como la visualización de la energía con apariencia de un matiz —para ser precisos, un punto rojizo en el horizonte, color rojo granada. Lo llamaron el manchón color granada.

Esos chamanes aseguraban que, en un momento dado, ese manchón de color granada explotaba y se convertía en imágenes que ellos veían como si estuvieran realmente viendo una película. Este logro perceptivo los convirtió en lo que ellos llamaron espectadores del infinito.

Don Juan creía que en mi caso era más apropiado considerar leer el infinito en lugar de verlo, ya que yo era dado a leer con la misma pasión, sino es que con más, que lo que los chamanes del México antiguo eran dados a ver. Don Juan dejó perfectamente claro que ser un lector del infinito no quiere decir leer energía como si uno leyera un periódico, sino que las palabras se formulan con toda claridad a medida que uno las lee, como si una palabra llevara a otra, formando conceptos totales que se manifiestan y luego se desvanecen. El arte de los chamanes es tener la habilidad de reunir y preservar estos conceptos antes de que se olviden al ser reemplazados con nuevas palabras, con los conceptos nuevos de un flujo interminable.

Don Juan continuó explicando que los chamanes que vivieron en México en tiempos remotos, y que establecieron su linaje, fueron capaces de alcanzar el conocimiento silencioso después de haber entrado en su matriz: el silencio interno. Dijo que el silencio interno era un logro de tan tremenda importancia, que lo consideraban la condición esencial del chamanismo.

Don Juan puso tal énfasis en este silencio, que mi ambición era alcanzarlo. Quería llegar al silencio interno de inmediato. Sentía que no tenía un solo instante que perder. Cuando le pedí a don Juan que me diera una explicación concisa de los procedimientos a seguir, se rió de mí.

—Aventurarse en el mundo de los chamanes —dijo—, no es como aprender a manejar un automóvil. Uno necesita manuales e instrucciones para manejar un auto. Para alcanzar el silencio interno uno necesita intentarlo.

—Pero ¿cómo puedo intentarlo? —insistí.

—La única manera en que puedes intentarlo es intendiéndolo —declaró.

Una de las cosas más difíciles de aceptar, para el hombre de hoy en día, es la ausencia de procedimientos. En la actualidad, el ser humano parece estar bajo el poder de manuales, prácticas, métodos, pasos a seguir. El hombre de hoy en día toma notas incesantemente, hace diagramas, está profundamente involucrado en «saber cómo». Pero en el mundo de los chamanes, dijo don Juan, los procedimientos y los rituales son meros instrumentos para atraer y enfocar la atención. Son artificios que se usan para forzar el enfoque de nuestro interés y determinación. No tienen ningún otro valor.

Don Juan creía que al hombre moderno le encantan las palabras, como si retuviese un sentimiento que ha sobrevivido hasta hoy de lo significativo que fue para él hablar por primera vez. Esto parece explicar su intenso énfasis en la palabra. Las encantaciones verbales parecen ser un retroceso a ese estado de enamoramiento con las palabras. Los chamanes creen que una larga serie de palabras, dichas en voz alta, debe haber ejercido un poder mesmérico.

Debido a la fuerza de sus prácticas y sus metas, los chamanes refutan el poder de la palabra. Se definen a sí mismos como navegantes en el mar de lo desconocido. Para ellos, la navegación es un hecho práctico, y navegar quiere decir moverse de un mundo a otro sin perder sobriedad, sin perder fuerza; y, para lograr realizar esta hazaña de navegación, no puede haber procedimientos o pasos a seguir, sino un solo acto abstracto que define todo: el acto de reforzar nuestro lazo con la fuerza que se extiende a través del universo, una fuerza que los chamanes llaman el inten-

to. Debido a que estamos vivos y conscientes estamos de por sí, ya, íntimamente relacionados con el intento. Lo que necesitamos, de acuerdo con los chamanes, es hacer que ese lazo forme parte de nuestros actos conscientes, y ese acto de volvernos conscientes de nuestro lazo con el intento es otra forma de definir el conocimiento silencioso.

En el curso del tiempo que pasé con don Juan Matus aprendí, sin embargo, una cosa con relación a los procedimientos y los métodos. Si existe algo que los seres humanos necesitan para poder alcanzar el conocimiento silencioso, es reforzar su bienestar, su claridad, su determinación. Para poder intentar, uno debe poseer destreza física y mental y un espíritu claro.

De acuerdo con don Juan, los chamanes del México antiguo pusieron un enorme énfasis en la destreza física y el bienestar mental y este mismo énfasis prevalece en los chamanes de hoy en día. Fui capaz de corroborar la verdad de sus aseveraciones al observar a don Juan y a sus quince compañeros chamanes. Su soberbio estado de balance físico y mental era uno de los rasgos más obvios en ellos.

La respuesta que don Juan me dio cuando le pregunté directamente por qué los chamanes ponen tanto énfasis en el lado físico del hombre, me sorprendió sobremanera. En aquellos años creía en el lado espiritual del hombre, un lado acerca de cuya existencia podía no estar completamente convencido, pero por lo menos, estaba inclinado a considerarlo como una posibilidad. Para mí, don Juan, era un ser espiritual.

—Los chamanes no son en absoluto espirituales —dijo—. Son seres sumamente prácticos. Sin embargo, es un hecho bien conocido que los chamanes, o los brujos, como les llaman, son generalmente considerados excéntricos o aun locos. Quizá eso sea lo que te hace pensar que son espirituales. Parecen locos porque siempre están tratando de explicar cosas que son inexplicables. Al tratar de hacer esto pierden toda coherencia y dicen insensateces que, si se

examinan desde el punto de vista de los chamanes, no son en absoluto insensateces, sino tentativas fútiles de dar explicaciones completas que no pueden completarse bajo ninguna circunstancia.

Don Juan me dijo que esos chamanes del México antiguo descubrieron y desarrollaron un gran número de procedimientos para alcanzar bienestar físico y mental, procedimientos que llamaron pases mágicos. También comentó que el efecto de los pases mágicos fue tan abrumador para ellos, que los pases se convirtieron, a través del tiempo, en uno de los componentes más importantes en sus vidas. Don Juan explicó que, dado como eran a comportamientos rituales, esos chamanes ocultaron rápidamente los pases mágicos en medio de ritos, y velaron el acto de enseñarlos o practicarlos en gran sigilo. Me aseguró que estos rituales eran totalmente absurdos, pero que cuanto más idiotas, más grande era su capacidad de ocultar algo de tan tremendo valor.

Cuando yo entré en el mundo de don Juan, la enseñanza y la práctica de los pases mágicos eran tan secretas como lo habían sido siempre, pero ya no eran en exceso rituales. Lo que don Juan comentó al respecto fue que los rituales habían perdido su ímpetu a medida que las nuevas generaciones de practicantes se interesaron más en la eficiencia y funcionalidad. Me recomendó, sin embargo, que no debía hablar sobre los pases mágicos con ninguno de sus discípulos, o con la gente en general, bajo ninguna circunstancia. La razón que me dio fue que los pases pertenecían exclusivamente a cada persona y que su efecto era tan avasallador, que sólo aquellos que habían tomado el camino del guerrero con verdadera seriedad podían practicarlos.

Don Juan me enseñó a mí y a sus tres discípulas, Taisha Abelar, Florinda Donner-Grau y Carol Tiggs, un gran número de pases mágicos pero, junto con esta riqueza de conocimiento, también nos dio la certeza de que éramos los últi-

mos miembros de su linaje. La aceptación de este legado implicaba automáticamente encontrar nuevas formas de diseminar el conocimiento de su linaje, debido a que su continuación ya no era el objetivo.

Necesito aclarar un punto de suma importancia al respecto: don Juan Matus no se interesó jamás en enseñar su conocimiento. Él estaba interesado en perpetuar su linaje. Nosotros, sus cuatro discípulos, éramos los elementos, los medios —escogidos, dijo, por el espíritu mismo ya que él no había participado de manera activa en ello— que iban a asegurar su perpetuación. Por esta razón hizo esfuerzos titánicos para enseñarnos todo lo que sabía acerca del chamanismo, o la brujería, y acerca del desarrollo de su linaje.

En el curso de su enseñanza se dio cuenta de que mi configuración energética era, de acuerdo con él, tan diferente de la suya que eso no podía tener ningún otro significado excepto el fin su línea. Le dije que me molestaba sobremanera su interpretación de cualquier diferencia invisible que pudiese existir entre nosotros. No me gustaba cargar con el peso de ser el último de su línea, ni tampoco comprendía su razonamiento.

—Aunque parece que los chamanes no hacen nada, más que tomar decisiones, en realidad no toman ninguna decisión —explicó—. Lo único que tienen son sus descubrimientos. Yo no decidí escogerte y tampoco decidí que fueras de la manera que eres. Ya que yo no podía escoger a quién impartir mi conocimiento, tuve que aceptar a quien el espíritu me ofrecía; y esa persona fuiste tú, y tú eres energéticamente capaz sólo de terminar, no de continuar.

Dijo que la terminación de su linaje no tenía nada que ver con él o sus esfuerzos, o con su éxito o fracaso como un chamán en búsqueda de la libertad total. Lo comprendía como algo que tenía que ver con una elección que provenía de un nivel más allá del nivel humano, una elección que no fue tomada por seres o entidades, sino por las fuerzas impersonales del universo.

En un acuerdo unánime, las tres discípulas de don Juan y yo aceptamos lo que él llamó nuestro destino. El aceptarlo nos puso cara a cara con otro asunto al cual él se refería como cerrar la puerta detrás de nosotros; es decir, asumimos la responsabilidad de decidir exactamente qué hacer con todo lo que don Juan nos enseñó y hacerlo impecablemente.

Antes que nada nos planteamos la pregunta crucial de qué hacer con los pases mágicos: la faceta más pragmática y funcional del conocimiento de don Juan. Decidimos usar los pases mágicos y enseñárselos a quien quisiera aprenderlos. Nuestra decisión de acabar con el sigilo que los rodeaba por un periodo de tiempo indeterminado fue, naturalmente, el corolario de nuestra convicción total de que, en realidad, somos el final del linaje de don Juan. Se volvió inconcebible para nosotros cargar con secretos que ni siquiera son nuestros. Encubrir los pases mágicos con secretos no fue nuestra decisión. Sin embargo, es nuestra decisión terminar con esa condición.

Nosotros cuatro nos dedicamos, entonces, a amalgamar las cuatro líneas diferentes de pases; pases que nos fueron enseñados a cada uno de nosotros separada e individualmente, de acuerdo con nuestra constitución física y mental particular. Tratamos de crear una forma genérica de cada movimiento, una forma adecuada para todos.

Esta amalgama dio como resultado una configuración de formas ligeramente modificadas de cada uno de los pases que nos enseñaron. Hemos llamado a esta nueva configuración Tensegridad, un término que pertenece a la arquitectura y significa «la propiedad de armazones que emplean miembros de tensión continua y miembros de compresión discontinua, de tal manera que cada miembro opera con máxima eficiencia y economía».

Para explicar qué son los pases mágicos descubiertos por los chamanes de la antigüedad, como don Juan los llamaba, quisiera aclarar algo: los tiempos antiguos. Para don

Juan esto significaba un tiempo de 7000 a 10 000 años atrás; una cifra que parece en cierta forma incongruente si se examina desde el punto de vista de los esquemas clasificatorios de los eruditos de hoy en día. Cuando confronté a don Juan con la discrepancia entre sus cálculos y lo que yo consideraba ser un cálculo más realista, se mantuvo firme en su convicción. Él creía que era un hecho, que la gente que vivió en el Nuevo Mundo de 7000 a 10 000 años atrás, estaba profundamente interesada en asuntos del universo y de la percepción, asuntos que el hombre moderno no ha empezado ni siquiera a sondear.

Independientemente de nuestras diferentes opiniones, el sigilo que rodeó los pases mágicos durante eras y el efecto directo que éstos ejercieron sobre mí, han tenido una profunda influencia en la manera como los trato. Lo que estoy presentando en este trabajo es una reflexión íntima de esta influencia. Me siento obligado a elucidar este tema siguiendo estrictamente la forma en que me fue presentado; para poder hacer esto, necesito regresar a los inicios de mi aprendizaje con don Juan Matus.

Comenzó haciendo comentarios sobre la habilidad física de los chamanes de la antigüedad. Recalcó incesantemente la necesidad de poseer un cuerpo flexible, ágil; promovía su elasticidad y fuerza como el medio más seguro para alcanzar el mayor logro en la vida de un chamán: el conocimiento silencioso.

—La sensatez y la habilidad física eran las dos cosas más importantes en la vida de esos hombres y mujeres —reiteró en un ocasión—. La sobriedad y el pragmatismo son los dos únicos requisitos indispensables para alcanzar el conocimiento silencioso —para entrar en otros reinos de percepción. Para navegar de manera genuina en lo desconocido se necesita una actitud de osadía, pero no de descuido. Para establecer un balance entre la audacia y el descuido, un chamán tiene que ser extremadamente sobrio, cauteloso, hábil y estar en una soberbia condición física.

Don Juan decía que había cinco asuntos en la vida de esos chamanes alrededor de los cuales giraba su búsqueda del conocimiento silencioso.

Estos cinco temas eran: 1. Los pases mágicos; 2. El centro energético en el cuerpo humano llamado el centro de decisiones; 3. La recapitulación: el medio para acrecentar el alcance de la conciencia humana; 4. El ensueño: el verdadero arte de romper los parámetros de la percepción normal; 5. El silencio interno: el estado de la percepción humana desde el cual esos chamanes realizaban cada uno de sus logre perceptivos.

LOS PASES MÁGICOS

La primera vez que don Juan me habló extensamente sobre los pases mágicos fue cuando hizo un comentario despectivo acerca de mi peso.

—Estás demasiado rechoncho —me dijo, mirándome de pies a cabeza, sacudiendo la suya en señal de desaprobación—. Estás a un paso de ser gordo. Ya empiezas a mostrar señales de desgaste. Como cualquier otro miembro de tu raza, ya estás desarrollando una bola de grasa en el cuello, como un toro. Llegó la hora de que tomes en serio uno de los mayores descubrimientos de los chamanes: los pases mágicos.

Debido a que antes él había mencionado los pases mágicos de forma muy superficial, en ese momento ni siquiera me acordé qué era lo que había dicho al respecto.

—¿De qué pases mágicos está usted hablando, don Juan? —pregunté, realmente molesto—. ¿Cómo puedo tomarlos en serio si nunca he escuchado nada sobre ellos?

—Ahora te estás haciendo el tonto, ¿no es cierto? —dijo con una sonrisa maliciosa—. No sólo te he hablado mucho sobre los pases, sino que ya conoces un gran número de ellos. Te los he estado enseñando durante todo este tiempo.

Don Juan tenía razón, me estaba comportando detestablemente con él. Me había sorprendido con un tema que no esperaba; pero no era cierto que me hubiera enseñando pases mágicos durante todo ese tiempo. Protesté vehementemente como si mi vida y mi muerte dependieran de sus aseveraciones.

—No defiendas tu maravilloso yo con tanta pasión — bromeó—. No fue mi intención ofenderte —hizo un gesto ridículo con sus cejas en señal de disculpa—. Lo que quiero decir es que tú imitas todo lo que hago, así que he aprovechado tu capacidad de imitación. Te he enseñado diferentes pases mágicos durante todo este tiempo y, tú, siempre has creído que lo que estoy haciendo es deleitarme haciendo crujir mis coyunturas. Me gusta la forma en que interpretas los pases mágicos: ¡hacer crujir mis coyunturas! Vamos a continuar refiriéndonos a ellos de esta manera.

—Te he enseñado diez formas diferentes de hacer crujir mis coyunturas. Cada una de estas formas es un pase mágico idóneo para mi cuerpo y para el tuyo.

Los pases mágicos a los que don Juan se refería, como él mismo lo había dicho, eran las formas en las que pensé él hacía crujir sus coyunturas. Solía mover sus brazos, piernas, torso y cadera de formas específicas, y yo creía que lo hacía para estirar al máximo sus músculos, huesos y ligamentos. Desde mi punto de vista, el resultado de estos movimientos de estiramiento era una sucesión de sonidos crujientes, los cuales siempre pensé que producía para asombrarme y divertirme; y sí, era cierto que me había pedido una y otra vez que lo imitara.

De forma desafiante, me había retado a memorizar los movimientos y a repetirlos en mi casa hasta que pudiera hacer que mis coyunturas crujieran como las de él. Nunca logré reproducir estos sonidos pero, inadvertidamente, había aprendido en definitiva, todos los movimientos.

—¿Por qué se llaman pases mágicos? —pregunté.

—No sólo se llaman pases mágicos —dijo—, ¡son mágicos! Producen un efecto que no puede explicarse de forma ordinaria. Estos movimientos no son ejercicios físicos o meras posturas del cuerpo; son verdaderas tentativas para alcanzar un estado óptimo de ser. El intento de miles de chamanes se extiende a través de estos movimientos. Su eje-

cución, aun de manera casual, hace que la mente se detenga.

—¿A qué se refiere cuando dice que hacen que la mente se detenga?

—Nosotros reconocemos e identificamos todo lo que hacemos en el mundo —dijo—, convirtiéndolo en líneas de similitud.

Don Juan parecía estar batallando para encontrar una manera de definir lo que estaba diciendo. Hizo una larga pausa como si estuviera buscando la palabra apropiada o el arreglo apropiado de pensamientos. Permanecí callado. Sabía tan poco sobre el tema que ni siquiera me atrevía a pensar en él. Todo lo que tenía era una gran curiosidad por saber lo que esos misteriosos pases mágicos eran.

Don Juan se puso de pie. Parecía haberse saturado. Estábamos sentados en el comedor de su casa tomando un té de hierbas que él había preparado con las hojas de un arbusto aromático que crecía en su patio. Se disculpó y dijo que era la hora de su siesta. Don Juan se echaba siestas cortas durante todo el día y toda la noche. Su patrón de dormir era hacerla por un máximo de dos horas a la vez. Cuando estaba extremadamente cansado dormía seis horas, en lapsos de dos, con un corto periodo de vigilia entre estos lapsos.

No volvimos a hablar sobre el tema de los pases mágicos por un largo tiempo. Un día continuó con su explicación y, para mí, fue algo repentino, pero no para él ya que parecía estar consciente de nuestra interrupción, de la cual me había olvidado por completo.

—Como ya te expliqué, existen líneas de similitud para los seres humanos —dijo—, líneas de cosas que son similares o que están ligadas por algún propósito. Por ejemplo, si te digo la palabra «tenedor», tú pensarás de inmediato en una cuchara, un cuchillo, un mantel, una servilleta, un plato, una taza, un vaso de vino, sopa de albóndigas, banquete, cumpleaños, fiesta. Ciertamente podrías continuar casi para